

Universidad Nacional de Cuyo
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública

Tesis de grado



Las continuidades y discontinuidades en la política exterior
de Estados Unidos. Los casos de la administración de
George W. Bush (2001 al 2009), Barack Obama (2009 al
2017) y Donald Trump (2017 al 2021)

Alumnos: Julián David Lucero y Juan Pablo Tello Castro

Nro de registro: 21.544 / 21.657

Director de Tesis: Dr. Aguirre, Julio Leónidas

Co-director: Lic. Guerrero, Mario Guillermo

Mendoza, 4 de Abril de 2023



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES

AGRADECIMIENTOS:

A Mario Guillermo Guerrero, quien nos guió académicamente desde el principio. A nuestras familias, por apoyarnos durante la carrera universitaria y a la Universidad Nacional de Cuyo, por su educación pública, gratuita y de calidad.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



ÍNDICE

| | |
|------------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| CAPÍTULO 1 | 6 |
| CAPÍTULO 2 | 14 |
| TRADICIÓN HAMILTONIANA | 14 |
| TRADICIÓN JEFFERSONIANA | 17 |
| TRADICIÓN JACKSONIANA | 21 |
| TRADICIÓN TRASCENDENTALISTA (WILSONIANA) | 27 |
| CAPÍTULO 3 | 31 |
| GEORGE W. BUSH | 32 |
| BARACK OBAMA | 37 |
| DONALD TRUMP | 41 |
| CONCLUSIONES | 45 |
| REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA Y DOCUMENTAL | 46 |



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



INTRODUCCIÓN

La política exterior estadounidense puede ser considerada como uno de los más complejos entramados de puja de poderes entre los tres poderes del Estado, influenciados estos de forma directa por las instituciones que conforman a la sociedad civil norteamericana. También es indispensable mencionar que tanto los antecedentes históricos en materia de comportamiento en el escenario internacional que han conformado a los Estados Unidos, así como las cuatro escuelas de pensamiento que atraviesan su institucionalización, son dos de los factores con mayor incidencia en el diseño de dicha política. En este sentido, abordar estas tradiciones de pensamiento -Hamiltoniana, Jeffersoniana, Jacksoniana y Trascendentalista (Wilsoniana)- e ilustrar el ya mencionado entramado de poderes permitiría describir el accionar de las diferentes administraciones de la Casa Blanca; siempre teniendo en cuenta las características particulares de cada ocupante del despacho oval.

Por esta razón, este trabajo pretende resaltar las continuidades y discontinuidades de la política exterior de Estados Unidos considerando como casos las administraciones comprendidas desde el 2001 hasta el 2021; entendiendo que la coyuntura transcurrida durante dicho periodo influyó en la política exterior ejercida por la administración de turno en la Casa Blanca, lo que generó nuevas oportunidades y amenazas para las posiciones ocupadas por los países del resto del mundo.

Para esto, se tomará el periodo de gobierno comprendido entre enero del 2001 a enero del 2009, cuando George W. Bush -a partir de lo acontecido el 11 de septiembre de 2001- incorporó el concepto *eje del mal* para referirse a aquellos países que apoyaban el *terror* en contra de EEUU o sus aliados, originando la base de la futura política exterior de Estados Unidos. El concepto de *eje del mal* nacerá como una



analogía entre las llamadas “potencias del eje” de la Segunda Guerra Mundial (Alemania, Italia y Japón) y *el imperio del mal* denominación que utilizara el ex presidente estadounidense Ronald Reagan para referirse a la ex Unión Soviética, y en principio será utilizada por Bush para referirse a Irán, Irak y Corea del Norte. Más tarde, este concepto será ampliado en principio por John Bolton (ex Subsecretario de Estado) sumando a Libia, Cuba y Siria, y en segundo lugar por Condoleezza Rice (Secretaria de Estado) quien agregaría a Bielorusia, Zimbabue y Birmania (Myanmar).

Asimismo, luego de la administración demócrata de Barack Obama, el republicano Donald Trump, quien fuera Presidente de los Estados Unidos durante el periodo 20 de enero del 2017 al 20 de enero del 2021, daría un giro en lo que respecta a la continuidad de la política exterior de EEUU impulsada por su antecesor, destacándose nuevamente el unilateralismo aislacionista (propio de la historia norteamericana indistintamente de los partidos políticos de turno).

De esta manera, se identificarán las continuidades y discontinuidades compartidas -o no- por las últimas tres administraciones ya mencionadas, bajo los criterios establecidos en el marco teórico, utilizando tanto fuentes primarias como así también secundarias, reconoceremos las características y antecedentes de las tradiciones, debates y enfoques que atraviesan la política exterior americana. Esto permitirá exponer el método con el que las diferentes administraciones estadounidenses visualizan a las Relaciones Internacionales y cómo esto condiciona su política interior y exterior en relación al resto del mundo.

Dado que las diferentes administraciones estadounidenses suelen identificarse -con mayor o menor fidelidad- a las tradiciones ya institucionalizadas, se pretenderá describir las características de los casos elegidos frente a distintos organismos de reconocido peso internacional, además de cómo esto condicionó a las relaciones con sus pares extranjeros y finalmente, cuál fue la reacción a nivel de la política doméstica.

Nuestro trabajo intentará resaltar -a través de la identificación entre las escuelas de pensamiento y los casos presentados- las continuidades y discontinuidades en la política exterior norteamericana. Para ello -y con la finalidad de presentar de forma sistematizada nuestra tesina- dividiremos la misma en tres partes de tal manera que en principio abordaremos el estado de la literatura en relación al origen y evolución de las Relaciones Internacionales a lo largo del siglo XX interesándonos -principalmente- la cosmovisión derivada del *constructivismo* (perteneciente al enfoque reflectivista).



Sucesivamente, el segundo capítulo acudirá a la tradición de la política exterior de Estados Unidos para explicar que, a lo largo de la historia estadounidense, cuatro escuelas de pensamiento influyeron -en relación con el capítulo anterior- en la construcción de la identidad e interés nacional del país. El tercer capítulo, teniendo en cuenta fuentes oficiales primarias y secundarias, consiste en la sistematización de las características y hechos ocurridos durante la administración de George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump. Por último, realizaremos las comparaciones pertinentes entre las administraciones analizadas de modo que arribemos a las conclusiones finales.

Todo ello se plantea en este trabajo para describir cómo la *política exterior* termina por representar la visión que tiene un país sobre las características que presenta el sistema internacional en un momento determinado y, de las oportunidades y limitaciones que plantea, su relación con la sociedad, la historia, y lo más importante, la visión que tiene esa sociedad respecto del futuro; las principales áreas de articulación externa de cada país; el peso interno de la política exterior y el estilo imperante en la formulación de esa política.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



CAPÍTULO 1

El origen y la evolución de las Relaciones Internacionales fue, durante el siglo XX, tema de debate entre aquellos que entendían que las “relaciones internacionales” era una disciplina aparte; un sub-campo de otra disciplina -ciencia política-; o un campo de estudio multidisciplinar. Asimismo, la denominación de la disciplina también fue motivo de disensos, considerándose varias acepciones como “estudios internacionales”; “política internacional” o “política mundial”, sin embargo, cabe destacar que, el término de Relaciones Internacionales se consolidó como el aceptado por la mayoría de las comunidades académicas.

Esta nueva disciplina -relaciones internacionales- al lograr distanciarse del derecho internacional y la historia diplomática logró cierta autonomía, dotándola de capacidad para aunar el análisis teórico con el asesoramiento para la orientación de la Política Exterior de los Estados. Esto llamó la atención de las academias, originando los primeros centros de estudios en Gran Bretaña y Estados Unidos para luego expandirse al resto de la comunidad.

“Los estudiosos del desarrollo y la evolución de las R[elaciones] I[nternacionales] como disciplina, establecen que sus comienzos se remontan a la creación de la cátedra Woodrow Wilson en la Universidad de Gales en 1919, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial” (Llenderozas, 2020, p. 4).



Cabe destacar que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las Relaciones Internacionales fueron atravesadas principalmente por tres tradiciones de pensamiento; la formación de tres paradigmas teóricos y el desarrollo de cuatro “debates” académicos.

“Las tres grandes tradiciones de pensamiento presentes en el campo de las RI, según las distintas denominaciones son: la tradición hobbesiana o realista, la kantiana o universalista y la grociana o internacionalista” (Llenderozas, 2020, p. 5).

La tradición hobbesiana o realista puede entenderse como un juego de suma cero, el escenario se debe imaginar como una guerra entre todos contra todos; un campo de lucha de los estados entre sí. En palabras de Hedley Bull (Bull: 1997):

El concepto de interés es definido en términos de poder. La actividad internacional más característica es la guerra, y la paz es siempre transitoria. El estado es libre de perseguir sus objetivos, sin restricciones morales o legales de ningún tipo. Los únicos objetivos morales o legales en política internacional, son los del propio estado y es por eso que el estado dirige la política exterior sobre un vacío moral o legal, siguiendo solamente los principios de la prudencia y la conveniencia. Los acuerdos internacionales se respetan sólo si es conveniente hacerlo, según su propio interés, si no es así, pueden incumplirse. El sistema internacional es considerado de naturaleza anárquica (p. 24-27).

La tradición kantiana o universalista -opuesta extrema a la hobbesiana- se destaca por ser un juego cooperativo, en otras palabras, la política internacional no es de suma cero. Los conflictos de intereses existen a nivel superficial, entre los grupos dirigentes de los estados, pero en realidad los intereses de todos los pueblos son idénticos, es decir que, la naturaleza -para esta tradición- de la Política Internacional reside en los lazos transnacionales entre sociedades (los intereses de todos los hombres son idénticos).

La tradición grociana o internacionalista -situada entre las dos tradiciones anteriores- describe la Política Internacional como una sociedad de estados o sociedad internacional.



Los estados no están en lucha constante, sino que sus conflictos se ven limitados por reglas e instituciones comunes. Ellos constituyen la principal realidad de la política internacional y son los miembros básicos de la sociedad internacional, por delante de los individuos. La política internacional no es ni puro conflicto de intereses ni la completa identidad y armonía entre los estados. Las actividades internacionales que mejor representan a este modelo son el comercio y las relaciones económicas y sociales entre los estados. Todas las relaciones estatales están limitadas por reglas e instituciones. No sólo se trata de las reglas de prudencia o de conveniencia, sino también de imperativos morales y legales que apuntan a la coexistencia y la cooperación en una sociedad de estados. (Bull, 1977, p. 24-27).

Respecto a los paradigmas -como se mencionó anteriormente- existen tres: el paradigma realista o tradicional; el paradigma transnacional- globalista o pluralista y el paradigma estructuralista o de dependencia. Según Esther Barbé (1995 como se citó en Llenderrosas, 2020):

El paradigma realista es considerado como central y dominante dentro de la disciplina después de la Segunda Guerra Mundial cuando se consolida el éxito del realismo político cuyo máximo exponente teórico y padre fundador es Hans J. Morgenthau.

La cosmovisión realista se destaca -además- por considerar al Estado como la principal unidad de análisis; la “seguridad nacional” es la principal problemática de estudio; la “imagen” del realismo es la de una anarquía.

Por el contrario, el paradigma transnacionalista de Keohane y Nye -como padres fundadores- busca “completar el paradigma realista” ante la incapacidad de este último de ofrecer explicaciones a los cambios profundos en las Relaciones Internacionales de los años setenta.

El paradigma transnacionalista se destaca por incorporar una pluralidad de actores - a diferencia del realismo- es decir que el estado deja de ser el actor central. También supone un abandono de temas clásicos, permitiendo el análisis de nuevas problemáticas propias a los países desarrollados (relaciones comerciales, desarrollo tecnológico); por último, este paradigma, plantea que no hay anarquía sino un orden internacional donde la cooperación es posible.



Finalmente, el paradigma estructuralista -menos importante en las Relaciones Internacionales- tiene como misión tomar la unidad de análisis al sistema capitalista mundial para explicar la marginalidad de los pueblos que son oprimidos -o dependientes- dentro de la lógica centro-periferia, donde este último -en un juego de suma cero- debe satisfacer las necesidades del centro, aun cuando no haya intereses comunes ni cooperación.

Grandes debates -cuatro fueron los más relevantes- ocurrieron durante el Siglo XX en torno a las Relaciones Internacionales, tal es así que, bajo la premisa de que “no es posible escoger una interpretación teórica en desmedro de las otras” (Llenderozas, 2020, p. 10), la disciplina sufrió renovaciones e incorporaciones de nuevos enfoques revisionistas, críticos y rupturistas. Del último debate -entre el racionalismo vs reflectivismo y, por otro lado, el neorrealismo vs neoliberalismo- surgió el *constructivismo*.

El constructivismo -perteneciente al enfoque reflectivista- se caracteriza por intentar aunar las distintas posiciones (aquellas que dividen la disciplina) entre teorías racionalistas y teorías “reflectivistas” para lograr una síntesis en las Relaciones Internacionales. Relativamente nuevo -apareció a fines de los ochenta- para Sterling-Folker (2006):

el constructivismo o constructivismo social (como también es llamado) se extendió rápidamente a raíz del fin de la guerra fría, y el impacto que esto tuvo dentro de la disciplina, debido a que la mayoría de las teorías no pudieron anticipar no sólo el evento en sí mismo, sino tampoco la velocidad con la que ocurrió. (p. 115)

Además, agrega:

Para el constructivismo, nosotros creamos nuestros propios dilemas de seguridad y nuestra competencia al interactuar de un modo particular con otros, y esos resultados nos parecen inevitables. Si cambiara la calidad de la interacción, nosotros podríamos percibir a los otros como potenciales amigos, no como enemigos y el resultado internacional sería diferente. (p. 116)

Para Alexander Wendt -el representante más influyente del enfoque- en su artículo “*La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de*



poder”, el constructivismo tiene como objetivo poder enriquecer las distintas teorías de las Relaciones Internacionales de manera que se pueda trazar un “puente” entre las tradiciones históricas de la disciplina. A los fines de lograr lo anterior, Wendt argumentó sobre cómo las instituciones internacionales pueden transformar las identidades y los intereses estatales. Además -en relación a la anarquía- dirá: “La autoayuda y la política de poder son instituciones, no características esenciales de la anarquía. La anarquía es lo que los estados hacen de ella.” (p. 5).

Wendt intentará explicar -acerca del neorrealismo- que la autoayuda y la política del poder están construidas socialmente dentro de la anarquía, incluso pueden ser producidas causalmente mediante procesos de interacción entre Estados en los que la anarquía solamente tiene un papel facultativo. Básicamente para Wendt, ninguna estructura particular -entendida en términos de Waltz- se deriva lógicamente de la anarquía. Esto quiere decir que “son los significados colectivos los que conforman las estructuras que organizan nuestras acciones” (Wendt, 2005, p. 7)

De lo anterior se desprende un principio fundamental de la teoría social constructivista -“estructura de identidades e intereses”- y es que la gente se relaciona con los objetos, incluyendo otros actores: “según el **significado** que estos objetos tienen para ellos”. Fundamentalmente los Estados actúan de una forma con sus enemigos y de otra manera diferente con sus amigos; el poderío militar de Estados Unidos no es percibido de la misma manera para Cuba que la percepción que puede tener Canadá al respecto.

En perspectiva, puede apreciarse que: los actores adquieren identidades que en palabras de Peter Berger (como se citó en Alexander Wendt, 2005): “la identidad, con sus ataduras apropiadas pertenecientes a la realidad psicológica, siempre es identidad dentro de un mundo específico y construido socialmente”. Las identidades son las bases de los intereses.

El segundo principio fundamental de la teoría social constructivista es que “el **significado** en torno al cual se organiza la acción surge de la interacción”. En este sentido, Wendt (2005) explica:

Los conceptos del yo y de los intereses tienden a “reflejar” las prácticas de terceros significativos a lo largo del tiempo. Este principio de la formación de la identidad está recogido en la simbólica noción interactiva del “reflejo en el



espejo”, que afirma que el yo es un reflejo de la socialización de un actor (p.13).

En definitiva, las interacciones entre los Estados deben darse bajo la premisa de que: “las amenazas sociales son construidas, no naturales”.

Para Santa Cruz (como se citó en Ayala, 2008) “[el constructivismo] no constituye una teoría sustantiva de la disciplina, sino que es más bien una inclinación filosófica o un marco analítico amplio para aplicar la política mundial” (2013, p. 38). Por lo que solo podría entender partes específicas a partir de la totalidad para lo cual recurrirá a diversos métodos: comparativos, análisis de contenidos o regresiones estadísticas. De ahí que uno de los temas de mayor prioridad e importancia para el constructivismo sea la constitución mutua entre los agentes y la estructura.

Entre las técnicas del constructivismo, y más específicamente, el aplicado al estudio de la identidad como parte de las Relaciones Internacionales, se encuentran la hermenéutica y la semiótica, que, si bien están centradas en estudios antropológicos, son herramientas fundamentales para el estudio social.

Queda claro que para el constructivismo, los estados son actores reales a los que -al igual que los individuos- pueden adjudicarse atributos tales como el deseo, creencias o intenciones, es decir, sus identidades depende -como anteriormente mencionamos con el “reflejo del espejo”- de la constante interacción con otros actores (Estados). Esto es importante porque la identidad Nacional de los Estados es la brújula que permite discernir entre amigos y enemigos. Estos elementos -identidad e interés nacional- son elementos de análisis para la política exterior. A decir de Bravo y Sigala (2014, como se citó en Ayala, 2008):

[...] las imágenes de individualidad formadas, proyectadas y modificadas en las relaciones que, a lo largo del tiempo, un actor sostiene con sus otros significativos. Estas imágenes son producto de una identidad en cuya construcción intervienen elementos como: 1) los atributos propios del sujeto; 2) la conciencia del yo frente al otro; y 3) las interacciones sociales dentro de una estructura normativa (p. 442).

A grandes rasgos, el constructivismo, se basa en la idea de que las instituciones sociales no son objetos externos moldeados por un poder desconocido sino que las



mismas reglas y prácticas de la vida humana construyen socialmente instituciones, como el Estado o el Sistema Internacional y que estas instituciones son el resultado de un proceso histórico que fluye de manera constante. Principalmente, el constructivismo ha cuestionado la existencia de una “lógica de la anarquía” en tanto variable que defina las condiciones esenciales de las Relaciones Internacionales, he aquí su importancia.

Sin embargo, cabe destacar que, el constructivismo no problematiza la naturaleza de la identidad estatal. Según Federico Merke *-en Identidad y Política Exterior en la Teoría de la Relaciones Internacionales-* el riesgo constructivista consiste en problematizar los intereses al mismo tiempo que aceptar las identidades como dadas. El constructivismo necesita problematizar tanto los intereses como las identidades; es necesario mostrar cómo las identidades se construyen al interior de los estados y cómo esas identidades informan la política exterior. Básicamente no puede haber teoría de la identidad internacional sin comprender los procesos domésticos (internos) que la construyen.

Al respecto de la identidad, Waeber propone que esta no siempre se construye en base a que el “otro” es el enemigo. Estados Unidos durante la Guerra Fría construyó una identidad en base a la URSS (su enemigo), empero también lo hizo con los países subdesarrollados considerados dentro del “mundo libre”, construyendo una identidad inscripta en la relación líder/socio y guardián/niños.

Para comprender la acción estatal en el ámbito externo, es necesario examinar las identidades estatales en tanto que la acción externa de los Estados está motivada por sus intereses, los cuales, a su vez, se derivan de sus identidades.

Federico Merke propone pensar la identidad estatal como una variable que posee seis características centrales:

Primero, la identidad estatal se refiere a la identidad de una comunidad política, en donde las instituciones públicas en general y el estado en particular juegan un rol central. Segundo, la identidad es una construcción social, sujeta a estructuras sociales heredadas pero susceptibles de ser reconstruidas. Tercero, la construcción social de la identidad es discursiva, lo que supone entonces que “el momento de la mediación resulta constitutivo y el acceso a lo inmediato está postergado” (Laclau, 2002, p. 63). Cuarto, dado que el cierre



discursivo es imposible, la identidad estatal es una fantasía de completitud. Quinto, la imposibilidad de cierre social no implica la disolución de la identidad sino la lógica de estabilizaciones hegemónicas en donde una parte del sistema pretende representar la totalidad del sistema. Sexto, la identidad se construye en relación a otro, que puede ser espacial (otro estado), temporal o axiológico (la tiranía, la contaminación del medio ambiente, la guerra, etc.) (Merke, p.37).

Asimismo, es importante destacar la vinculación entre la identidad estatal -que configura los intereses estatales- y la Política Exterior de un Estado. Siguiendo a Larsen (1999, como se citó en Federico Merke), la identidad estatal puede configurar la Política Exterior de los Estado a través del discurso: “Un discurso particular, o constelación de discursos, hace posible un cierto rango de políticas y hace menos posible otros, y por lo tanto puede ser visto como un marco estructural de política exterior” (p 455). De esta manera -según lo explicado anteriormente- la Política Exterior podría quedar limitada, restringida o atrapada cuando el discurso de la identidad sea contrario a la identidad nacional.

En síntesis, el constructivismo viene a aportar mayor amplitud a lo ya explicado por el racionalismo, esto significa que, el constructivismo no podrá evitar que los actores se comporten exclusivamente bajo los postulados de la racionalidad. Al respecto, Arturo Santa Cruz (2014) dirá:

La intersubjetividad y la normatividad del constructivismo, en cambio, permite no solo indagar sobre el proceso de construcción de los intereses en el ámbito doméstico desde una perspectiva más amplia de la racionalidad—una que reconoce, por ejemplo, que los actores no sólo persiguen intereses sino también propósitos y por lo tanto frecuentemente actúan de acuerdo a la “lógica de lo apropiado”—sino también inquirir sobre la manera en que el carácter del sistema internacional (por ejemplo, su legitimidad) pudiera afectar la manera en que los estados conciben sus intereses nacionales. (p. 17).

Este capítulo nos permite reflexionar acerca de los alcances y límites de las distintas teorías, enfoques y debates que atraviesan a las Relaciones Internacionales, al mismo tiempo, mientras más nos adentramos a ellas, más difícil nos resulta imaginarnos una estructura internacional sin normas -similar al Estado de Naturaleza de Thomas Hobbes- o un interés nacional materialista-racionalistas (neo-neo). Particularmente, creemos que el aporte de las teorías críticas, especialmente el constructivismo, nos



permitirá analizar con mayor amplitud las acciones de Estados Unidos -como actor- dentro del Sistema Internacional.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



CAPÍTULO 2

La tradición de la política exterior de Estados Unidos no es monolítica, sino que, a lo largo de la historia estadounidense, cuatro escuelas de pensamiento han influido -en relación con el capítulo anterior- en la construcción de la identidad e interés nacional del país. La tradición Hamiltoniana, Jeffersoniana, Jacksoniana y Trascendentalista (Wilsoniana) ven a la política exterior de Estados Unidos como una extensión de la política interior; las cuatro -tradiciones- han desarrollado distintos enfoques de la política exterior estadounidense que complementan sus agendas internas.

A modo de breve introducción -y siguiendo a Mead (1996) en *Hamilton's Way*- nos resulta oportuno asociar cada una de estas escuelas a una frase que las caracterice:

[...] los hamiltonianos están preocupados en última instancia por el *interés nacional*, los jeffersonianos por la *democracia representativa*, los jacksonianos por la *soberanía popular* y los trascendentalistas [wilsonianos] por la *justicia*. Quizás una de las razones por las que la política exterior estadounidense ha



tenido éxito con tanta frecuencia es que el sistema político del país fuerza continuamente a los políticos a construir coaliciones entre estas visiones contrapuestas (p. 2)¹.

TRADICIÓN HAMILTONIANA

Desde la época colonial en Estados Unidos, la tradición hamiltoniana integrada -en sus orígenes- por elitistas, se caracterizó por la preferencia de un gobierno central fuerte; un ejecutivo poderoso, servicios militares y diplomáticos profesionales; la defensa de una moneda fuerte; y con una perspectiva mercantilista y globalista. Los federalistas, los republicanos nacionales posteriores a 1812, los whigs y el partido republicano se han guiado por los principios hamiltonianos en política exterior durante la mayor parte de su historia, y las ideas hamiltonianas también han influido mucho en el pensamiento de la mayoría de las administraciones demócratas modernas.

La emulación hacia Gran Bretaña fue notable, empero, Estados Unidos rápidamente se centró en una política exterior fundamentalmente comercial; la importancia del comercio determinaría las definiciones hamiltonianas de los intereses de seguridad de Estados Unidos:

Las relaciones comerciales, razonaban los hamiltonianos, no funcionan de esta manera [política de seguridad como un juego de suma cero]. En las transacciones comerciales es posible tener tanto un comprador satisfecho como un vendedor satisfecho. Además, la prosperidad económica no es suma cero. Si Austria se hiciera más rica, podría comprar más bienes a Francia, y esto haría que Francia fuera más rica. La guerra, por otro lado, dañaría los intereses económicos de ambas naciones, interrumpiendo su comercio, desviando sus recursos de usos productivos a usos militares y aumentando los impuestos en ambos países. (Mead, 1996, p. 4)

Los hamiltonianos -a través de la expansión del comercio y la sustitución del juego de guerra hobbesiano por la estrategia de “ganar-ganar” del comercio- vieron al capitalismo comercial como una causa para la paz. Esta visión significó que los Estados Unidos respondiera a una lógica histórica diferente de la que dominaba

¹ Las cursivas son nuestras y no del autor citado.



Europa; asignó un papel significativamente menor a los asuntos militares de lo que era común en el viejo continente.

De lo anterior se debe aclarar que, los hamiltonianos no desdeñaron de un ejército profesional, solo que, a diferencia de Gran Bretaña, la naturaleza y los propósitos del Estado y el servicio exterior no se correspondieron a los de una monarquía militar. Estados Unidos -como República- bajo la tradición hamiltoniana, realizó una innovación radical en el mundo de la diplomacia de las grandes potencias.

En relación al comercio y con respecto al interés nacional, Mead describe dos intereses fundamentales de la tradición hamiltoniana, El primero, la *libertad de los mares*, “[...] implicaba la libertad de los ciudadanos estadounidenses, los bienes estadounidenses y los barcos estadounidenses para viajar a donde quisieran en el mundo en aras del comercio pacífico”. (Mead, 1996, p. 6)

El segundo gran interés nacional, *abrir puertas*, -complemento del anterior- hace énfasis en que: no solo es necesario el libre tránsito de aguas internacionales (y de aire), sino que, para los hamiltonianos, fue fundamental encontrar mercados para sus productos nacionales.

Sin embargo, Estados Unidos no siempre estuvo interesado en comercializar abiertamente con el resto del mundo, en palabras de Mead (1996):

El interés nacional de los Estados Unidos [era] abrir mercados extranjeros a los productos fabricados en Estados Unidos; estaba mucho menos claro para los fabricantes y banqueros hamiltonianos que era de interés nacional permitir que los productos extranjeros se comercialicen libremente en los Estados Unidos.
(p. 8)

La opinión hamiltoniana cambió gradualmente del proteccionismo hacia el libre comercio a medida que asimiló la *lección de reciprocidad* -Gran Bretaña subió los aranceles a los productos americanos- después de lo acontecido en 1930 con la “Smoot-Hawley Tariff” (ley de tarifas). Vale aclarar que, para los hamiltonianos, los aranceles y la política comercial siempre fueron instrumentos políticos, utilizados para dar forma a la política económica nacional. Actualmente los hamiltonianos insisten en la política de reciprocidad: puertas abiertas en el extranjero, puerta abierta en casa.

Escueto, la libertad de los mares conduce a la puerta abierta de las mercancías, lo que a su vez conduce a otro interés estadounidense, igualmente vital desde el punto de



vista hamiltoniano: la necesidad de un libre flujo de dinero entre las principales naciones comerciales del mundo.

No es novedad la influencia de Gran Bretaña en Estados Unidos; las relaciones entre ambos países resultaron fundamentales para el pensamiento de los hamiltonianos sobre la política interior y exterior. Tanto que, durante el Siglo XIX, Estados Unidos gozó de una defensa de “bajo costo”, es decir, una política de defensa nacional extraordinariamente simple y económica a raíz de la hegemonía de Gran Bretaña. Mead lo explica de la siguiente manera:

Para los hamiltonianos de aquellos años, la política de seguridad estadounidense era un asunto simple: mantenerse lo suficientemente fuerte como para garantizar que Gran Bretaña respetara los derechos estadounidenses y, de lo contrario, mantenerse al margen de la política europea. (Mead, 1996, p. 14)

Por el contrario, en el Siglo XX, producto de la disminución de poder de Gran Bretaña, la política hamiltoniana se encontró en un estado expansivo -casi por obligación- ante la falta de protección -o escudo de seguridad- que Gran Bretaña dejó de proveer.

A partir de lo anterior, Estados Unidos comenzó a involucrarse en una política exterior global cada vez más activa bajo el liderazgo de -autodenominados- hamiltonianos como Theodore Roosevelt y Henry Cabot Lodge. Protagonismo que duraría hasta la Primera Guerra Mundial.

Es innegable el compromiso de los hamiltonianos respecto a la política exterior de Estados Unidos, en palabras de Mead (1996):

Bajo el liderazgo hamiltoniano, Estados Unidos definió sus intereses en términos globales, articuló la química sobre la base de sus intereses nacionales definidos de manera realista y los promovió a través de una diplomacia que no era aislacionista, irrealmente idealista ni amateur. [...] La política exterior estadounidense fue extraordinariamente exitosa hasta la Primera Guerra Mundial, y los cimientos intelectuales y políticos establecidos en esos días todavía pueden servirnos bien hoy (p.18).



TRADICIÓN JEFFERSONIANA

Distinto a los hamiltonianos -quienes creen en la reciprocidad: el mundo debe parecerse más a los Estados Unidos y los Estados Unidos debe adaptarse mejor al resto del mundo- la escuela jeffersoniana se resiste a la idea de que Estados Unidos se parezca más al resto del mundo. Identificada -la tradición jeffersoniana- con la idiosincrasia americana, creen que la herencia cultural, social y política específica de los Estados Unidos es un tesoro precioso que debe conservarse, defenderse y transmitirse a las generaciones futuras, es decir, creen que el objetivo de la política exterior debe ser defender esos valores “en casa” en lugar de extenderlos al exterior.

A pesar de ser una tradición relegada (algunos observadores predijeron que desaparecería de la vida nacional estadounidense), el jeffersianismo, fue retomado por George W. Bush quien durante las elecciones del año 2000 en Estados Unidos, adoptó temas clave de las ideas jeffersonianas, identificándose con un perfil de: “caminar más “humildemente” y de volver a una posición más estrecha y [una] visión más restringida del interés nacional.” (Mead, 2002, p. 176).

Para comprender la tradición jeffersoniana resulta conveniente mencionar en palabras de Mead (2002) lo que ocurrió en Estados Unidos en sus albores republicanos:

Cuando Alexander Hamilton dio a conocer sus propuestas de crédito nacional, un gobierno central fuerte y una política exterior pro-británica y comercialmente orientada en el gabinete de George Washington, pronto se encontró con la oposición de Thomas Jefferson, que entonces se desempeñaba como primer secretario de Estado. Los dos habían cruzado espadas antes. En los debates sobre la Constitución, Hamilton había pedido un gobierno lo más fuerte y centralizado posible, y que la máxima autoridad descansara en un poderoso ejecutivo poco diferente de un rey. Las propuestas más extremas de Hamilton fueron derrotadas, pero Jefferson estaba tan molesto por los poderes delegados al gobierno central que tuvo dificultades para apoyar la ratificación de la nueva Constitución y jugó un papel en el desarrollo de la Declaración de Derechos para limitar la autoridad federal. (p.177)

Esta confrontación continúa hasta la actualidad; los políticos estadounidenses siguen lidiando con los problemas -la relación adecuada entre el capitalismo y la democracia,



los límites del poder federal con respecto a los estados, el pueblo y la economía- que dividieron a Jefferson y Hamilton en el Siglo XVII.

A modo de esclarecer la polémica acerca del desacuerdo sobre la fuerza y el papel adecuado del gobierno federal es similar: Los hamiltonianos (y los wilsonianos) ven en un gobierno central fuerte el garante indispensable de la libertad nacional. Los jeffersonianos generalmente han visto un gobierno central fuerte como, en el mejor de los casos, un mal necesario y, en el peor, como el enemigo más peligroso de la libertad. Los hamiltonianos creen que, si los jeffersonianos dejaran de intentar interferir, Estados Unidos estaría mejor gobernado que otros Estados, pero seguiría siendo un Estado entre Estados. Los jeffersonianos creen que Estados Unidos debería ser algo mejor y diferente. Los hamiltonianos creen que un Estado bien ordenado y bien administrado proporciona un buen gobierno a la gente. Los jeffersonianos creen que la gente debe gobernarse a sí misma de la manera más simple y directa posible.

Construir un país libre era el objetivo más alto de la política interna jeffersoniana; preservar la revolución -guerra de independencia- ha sido y sigue siendo el objetivo más alto del arte de gobernar jeffersoniano en las relaciones internacionales.

La manera -ideológica- Jeffersoniana de concebir la libertad y la defensa de la democracia es la principal diferencia con el resto de las escuelas. Mead (2002) resume de la siguiente manera:

La libertad es infinitamente preciosa y casi infinitamente frágil; esa es la creencia central del movimiento jeffersoniano [...]. Los hamiltonianos creen que el desarrollo comercial puede asegurar las bendiciones de un gobierno libre; Los jeffersonianos señalan que en una democracia, los grandes intereses comerciales han subvertido el proceso político hasta su destrucción, y que el rico ambicioso puede ser el mayor peligro para un sistema democrático. Los wilsonianos creen que la fuerza del progreso y la ilustración está moviendo a la humanidad hacia un reino de paz y razón; Los jeffersonianos creen que la historia va tanto hacia atrás como hacia adelante, y que la ambición y el ansia de riqueza están demasiado arraigadas en la naturaleza humana para ser fácilmente dominadas por leyes justas y racionales. Los jacksonianos, creen que el corazón profundo y bueno del pueblo estadounidense rechazará instintivamente cualquier amenaza a su preciada democracia; los jeffersonianos saben muy bien hasta qué punto una pasión popular



desenfrenada puede poner en peligro la misma democracia que quiere proteger. (p. 183)

La escuela jeffersoniana tiene una particularidad respecto a la política exterior; ve amenazas donde los demás oportunidades. Simplificado: el deseo de los jeffersonianos -ante la imposibilidad de una política exterior inexistente- es la preferencia por una política exterior, de algún tipo, que haga el menor daño posible a nuestras instituciones democráticas. Lo anterior podría asociarse al Aislacionismo como práctica.

Del mismo modo que con el comercio, los jeffersonianos se diferencian de las demás escuelas por desdeñar la guerra: buscan evitar los conflictos bélicos siempre que se pueda. La guerra, implica para los jeffersonianos, además de las muertes, un peligro para la democracia. Mead (1996) lo describe de la siguiente manera:

Las guerras cuestan dinero, acumulando deudas que concentraron el poder en el gobierno central y obligaron a la mayoría de la población a trabajar y pagar impuestos para apoyar a la minoría propietaria de los bonos del gobierno emitidos para cubrir la deuda; las guerras construyeron una maquinaria económica y política concentrada, dependiente de los fondos gubernamentales, adicta al secreto y con un interés permanente en descubrir peligros siempre nuevos en el exterior; también hicieron inevitable el desarrollo de fuertes ejércitos y armadas permanentes, un desarrollo que, históricamente, a menudo ha sido fatal para la libertad republicana. (p. 186)

La idiosincrasia jeffersoniana tiene su arraigo en la democracia y en la desconfianza del federalismo. Asimismo, la política interna orbitó dentro de los siguientes parámetros: *evitar que los comerciantes y banqueros se conviertan en aristócratas y que el gobierno federal respete la autonomía y libertades de los estados y ciudadanos.*

El porqué de lo anterior está relacionado a la siguiente deducción:

[...] los jeffersonianos temían el crecimiento de un complejo militar-industrial-financiero. Cuanto más gastara el gobierno, más grande y fuerte sería la clase de contratistas militares y otros dependientes. Cuanto más se endeudaba el gobierno, más grande y fuerte sería la clase de acreedores, insistiendo en que el gobierno usara su monopolio de la fuerza y su autoridad



impositiva para extraer recursos de la masa del pueblo para pagar a la clase acreedora. (Mead, 2002, p. 189)

En definitiva, los jeffersonianos preferirán una sanción económica, antes que iniciar una guerra. A diferencia de las otras tres escuelas, no recurrirán -antes las provocaciones extranjeras- a una acción bélica. Thomas “Jefferson se mantuvo fiel a sus principios fundamentales: casi cualquier cosa es mejor que la guerra, y el primer deber del gobierno es proteger la libertad en lugar del comercio” (Mead, 2002, p. 199)

La creencia jeffersoniana en el Siglo XX se basó en que las participaciones excesivas en el extranjero podían comprometer los estándares democráticos en Estados Unidos. Dirían: “Gobernar pueblos extranjeros -en las Filipinas a principios del siglo XX, en la ex Yugoslavia al final- socava las instituciones y los valores democráticos estadounidenses” y “nos encontraremos mezclados con aliados corruptos e indignos; hoy ayudamos a los muyahidines afganos armándolos y entrenándolos contra la Unión Soviética, y mañana volverán esas armas contra nosotros y se convertirán en una espina en nuestra carne en todo el Medio Oriente”. Los jeffersonianos desempeñaron un papel importante en la configuración de la política exterior estadounidense entre las dos Guerras Mundiales y fueron en gran parte responsables de inventar y popularizar el mito del aislamiento virtuoso para justificar sus ideas estratégicas. Gravemente dañados por el fracaso de la política exterior estadounidense entre 1919 y 1939 para estabilizar la política mundial, durante la Guerra Fría, los jeffersonianos fueron generalmente relegados a una posición secundaria en los debates de política exterior hasta que la Guerra de Vietnam revivió el interés en una política exterior de límites.

A modo de síntesis, en lo que respecta a la política exterior bajo el análisis de la escuela jeffersoniana, puede decirse que las ideas de esta tradición han sido responsables de políticas que trajeron muchos años de paz y estabilidad a los Estados Unidos a un precio muy reducido.

A modo de contrapeso, la tradición jeffersoniana proporciona algo que ocasionalmente falta en las otras tres escuelas: una tradición crítica que busca investigar sistemáticamente, y en algunos casos controvertir, las afirmaciones hechas por los defensores del activismo hamiltoniano y wilsoniano. Por lo menos, el escepticismo jeffersoniano mantiene alerta a los wilsonianos y hamiltonianos, obligándolos a pensar en sus políticas más a fondo de lo que lo harían de otra manera, y a ser capaces de



defender sus programas en el debate público. Equilibrar la política interna para luego direccionar la política exterior.

Finalmente cabe destacar que la tradición jeffersoniana tiene un valor muy importante: permite re-pensar un escenario internacional en donde Estados Unidos no podría diseñar ni mantener el orden mundial a través de su hegemonía. Desde este punto de vista, la escuela jeffersoniana brinda herramientas para sobrellevar dicho escenario por medio de políticas exteriores que les permita aprovecharlo al máximo, adaptarse a las condiciones internacionales cambiantes y, al mismo tiempo, preservar en la medida de lo posible las instituciones y valores nacionales.

TRADICIÓN JACKSONIANA

La escuela jacksoniana nace bajo el seno de una ideología populista. Históricamente, el populismo estadounidense se ha basado menos en las ideas de la Ilustración que en los valores comunitarios y el sentido de identidad entre los colonizadores británicos que se asentaron por primera vez en Estados Unidos (Mead; 1999).

El populismo jacksoniano puede ser originalmente identificado con un subgrupo entre estos colonos, los llamados "escoceses-irlandeses", que se asentaron en las regiones del interior del país, Carolina y Virginia, y que continuaron por asentarse en gran parte del Viejo Oeste- Virginia, Kentucky, partes de Indiana e Illinois, y los estados del centro y sur de Tennessee, Missouri, Alabama, Mississippi y Texas (David Hackett Fischer; 1989).

Los escoceses-irlandeses eran resistentes y gente guerrera, con una cultura y una perspectiva formada por siglos de amargas guerras posterior a su llegada a los Estados Unidos. Atrapado en las fronteras entre Inglaterra y Escocia, o plantados como colonias protestantes en la tierra hostil de Irlanda, esta cultura fue formada a través de siglos de constante, guerra sangrienta, la lucha revolucionaria y generaciones de salvajes conflictos fronterizos en los Estados Unidos que reprodujeron estas condiciones en el Nuevo Mundo; la Guerra Civil -luchada con particular ferocidad en los estados fronterizos- renovarían la herencia cultural de la guerra (David Hackett Fischer; 1989).



Sin embargo, el populismo jacksoniano actual se ha movido más allá de sus límites étnicos y geográficos originales. De esta forma, la música country, otro producto de la cultura jacksoniana, la política jacksoniana y el sentimiento popular se han convertido en un elemento básico en la conciencia norteamericana que se puede encontrar desde un extremo del país al otro (Mead; 1999).

Lo que ha pasado es que la cultura, los valores y la auto-identificación Jacksoniana se ha extendido más allá de sus límites étnicos originales. En las décadas de 1920 y 1930, la tradición fronteriza de las tierras altas en la vida estadounidense se creyó a punto de desaparecer, étnica, cultural y políticamente (Mead; 1999). Aunque el viejo espíritu nativista, anti-inmigrante, el anti arte moderno y aparentemente anti-siglo XX, todavía tenía algunos destellos a través del Oeste y el Sur durante 1920, todo parecía el fin, producto de una nueva ola inmigratoria hacia Estados Unidos, "la agonía de una idea obsoleta". Se expuso las limitaciones y se burló de la muerte de lo que llamamos la Norteamérica jacksoniana (Mead; 1999).

No obstante, aunque los nuevos católicos estadounidenses permanecieran católicos en lealtad religiosa, estos eran cada vez más individualistas en términos psicológicos y de comportamiento -"respeto al Papa, pero tengo que seguir mi propia conciencia"- . Los lazos con los países de emigración se fueron debilitando constantemente, y la tendencia a casarse fuera del grupo se fortaleció (Mead; 1999).

Con respecto a los principios y valores de la tradición jacksoniana, Mead dirá:

El código de honor no reconocido que da forma a gran parte del comportamiento estadounidense y aspiración actual es un descendiente reconocible de los códigos de honor fronterizos de los primeros jacksonianos norteamericanos. El atractivo de este código es una de las razones por las que los valores jacksonianos se hayan extendido a tantas personas fuera del nexo social y étnico original en el que se formó la América jacksoniana (Mead; 1999).

Los que cumplen con los requisitos económicos y las pruebas morales pertenecen a la amplia clase media, la comunidad popular de trabajadores que los jacksonianos creen ser el corazón, el alma y la columna vertebral de la nación estadounidense. Ganar y mantener un lugar en esta comunidad sobre la base de trabajo honesto es el primer principio del honor jacksoniano, y sigue siendo un serio insulto incluso dar a entender



que un miembro de la clase media estadounidense no está tirando de su peso en el mundo (Mead; 1999).

El tercer principio es el individualismo. El jacksoniano no solo tiene el derecho a la autorrealización, él o ella tiene un deber de buscarlo. En la Norteamérica jacksoniana, cada uno debe encontrar su camino: cada uno como individuo debe elegir una fe, o ninguna fe, y su código de conducta debe ser basado en la conciencia y razón.

El cuarto pilar en el código jacksoniano de honor se trata del espíritu financiero.

Mientras que el jacksoniano cree en el trabajo duro, también cree que el crédito es un derecho y que el dinero, especialmente el dinero prestado, es menos una confianza sagrada que un medio para el autodescubrimiento y la expresión. (...) El crédito se ve menos como una obligación que como una oportunidad. Los jacksonianos siempre apoyan a la política monetaria laxa y a las leyes de bancarrota más flexibles (Mead; 1999).

La Cultura Política para los jacksonianos se identifica con que el objetivo principal del pueblo estadounidense no es el comercial ni la política industrial buscada por los hamiltonianos, ni la administración de excelencia en apoyo de los valores morales que los wilsonianos buscan, el objetivo principal es la libertad.

Los jacksonianos creen que el gobierno debe hacer todo lo que esté a su alcance para promover el bienestar político, moral y económico de la comunidad popular. Ningún medio es inadmisibles al servicio de este fin, siempre que no violen los sentimientos morales o infrinjan las libertades que los jacksonianos creen que son esenciales en su vida diaria.

Para los Jacksonianos, gastar dinero en el ejército es una de las mejores cosas que el gobierno puede hacer. Para ellos, el Pentágono es ineficiente y los contratistas están robando al gobierno a ciegas, pero por definición el trabajo que hace el Departamento de Defensa defendiendo a la nación es un servicio a la clase media jacksoniana (Mead; 1999).

Las diferencias con el resto de las escuelas son notorias. Para empezar, aunque otras escuelas a menudo se felicitan por su sofisticación superior y apreciación de la complejidad, el jacksonianismo proporciona la base en la vida estadounidense para lo que muchos académicos y profesionales considere el más sofisticado de todos los enfoques de los asuntos exteriores: el realismo.



El realismo jacksoniano se basa en una distinción muy marcada en el sentimiento popular entre el interior de la comunidad popular y el mundo oscuro exterior. Para el Jacksoniano el patriotismo no es una doctrina sino una emoción, como el amor a la familia. Y la nación es una extensión de la familia (Mead; 1999).

El primer problema encontrado en este sentido es la brecha entre promesas globales hamiltonianas y wilsonianas y la actuación jacksoniana. Las escuelas de pensamiento orientadas a la construcción del orden ven el poder estadounidense como un recurso para ser gastado en la búsqueda de sus metas de largo alcance. Muchos de los compromisos que desean hacer, las instituciones que desean construir, y las políticas sociales y económicas que desean promover no cuentan con el apoyo jacksoniano; en algunos casos, provocan un violento desacuerdo jacksoniano. En el mejor de los casos lo intentan impulsando tratados, leyes y apropiaciones a través de un Congreso malhumorado y reacio. En el peor de los casos, se encuentran comprometidos a enfrentamientos militares sin apoyo jacksoniano. (Mead; 1999)

El segundo problema tiene un origen similar, pero una estructura diferente. En los jacksonianos la opinión es lenta para centrarse en una particular cuestión de política exterior, y más lenta aún para comprometerse a perseguir un fin vigoroso y a largo plazo. Una vez que se ha hecho el compromiso, es aún más difícil construir el sentimiento jacksoniano para un cambio. Esto es particularmente cierto cuando el cambio implica superar una de las preferencias arraigadas en la cultura jacksoniana; es, por ejemplo, mucho más difícil de cambiar un consenso de línea dura establecido en una dirección moderada que viceversa (Mead; 1999).

Continuamente se resaltan las similitudes entre los jeffersonianos y los jacksonianos empero una manera de captar la diferencia entre ambos es a través de las libertades civiles. Mientras los jeffersonianos son profundamente dedicados al “primero el Hombre en sí mismo”, protegiendo la libertad de expresión y prohibiendo un establecimiento federal de religión, los jacksonianos ven en la Segunda Enmienda, el derecho a portar armas, como la ciudadela de la libertad. Los jeffersonianos se unen a la Unión Americana de Libertades Civiles; Los jacksonianos se unen a la Asociación Nacional del Rifle. Al hacerlo, ambos están convencidos que están parados en las barricadas de la libertad (Mead; 1999).

Siguiendo este discurso cuando hamiltonianos, wilsonianos y jeffersonianos esquivaban el reclutamiento en Vietnam o compraban exenciones y sustitutos en guerras anteriores, los jacksonianos siguieron adelante, aunque a veces con amargura



y resentimiento. Una persona honorable está dispuesta a matar o a morir por la familia y la bandera (Mead; 1999).

En relación con otros países, Mead explica que:

Lo primero a resaltar al momento de analizar la tradición jacksoniana y su relación con otros países es que, desde la perspectiva de los miembros de otras escuelas y muchos extranjeros observadores, cuando el sentimiento jacksoniano favorece un determinado curso de acción, Estados Unidos se moverá demasiado lejos, demasiado rápido y demasiado unilateralmente en búsqueda de sus metas. Pero, cuando el sentimiento jacksoniano es fuertemente opuestos, los Estados Unidos se moverá muy lentamente o no se moverá en absoluto. Para cualquiera que desee anticipar el curso de la política estadounidense, una comprensión de la estructura jacksoniana y sus valores es esencial (Mead; 1999).

La Guerra del Golfo, por ejemplo, fue una guerra popular en círculos jacksonianos porque la defensa del suministro de petróleo de la nación tocó una fibra sensible en la opinión jacksoniana. Esa opinión -que no ha olvidado la escasez de petróleo y los aumentos de precios de la década de 1970- considera que la estabilidad del suministro de petróleo es de vital interés nacional y está preparado para luchar para defenderlo.

En relación a Rusia y su herencia proveniente de la Unión Soviética, debido a que la misma nunca se “rindió” durante la Guerra Fría, la opinión jacksoniana nunca cambió por completo al modo de magnanimidad, como si lo hizo respecto de Alemania o Japón luego de la Segunda Guerra Mundial. Los wilsonianos, hamiltonianos y jeffersonianos estaban todos a favor del apoyo y la ayuda para la reconstrucción rusa; pero sin la concurrencia jacksoniana, el esfuerzo estadounidense fue marcadamente limitado. Se repartieron consejos con una mano generosa, pero la ayuda se extendió más a regañadientes (Mead; 1999).

En cuanto a China, algunas de las raíces del sentimiento anti-China en los Estados Unidos hoy se remontan al maltrato de los prisioneros estadounidenses durante la Guerra de Corea. La ayuda alimentaria y energética de EEUU al Norte de Corea, de hecho, cualquier compromiso con ese régimen desafiante, permanece profundamente impopular por la misma razón. Los mulás de Irán, Libia y Fidel Castro nunca han sido perdonados por la opinión jacksoniana por sus “crímenes” y desafío a los Estados Unidos (Mead; 1999).



En este sentido, el máximo exponente de la escuela jacksoniana de los tiempos corrientes, Trump, supo cómo jugar esta base. Así que incluso cuando Trump se adaptó de alguna manera a las necesidades del establishment de Washington (no puedes reinventar completamente la política exterior estadounidense), él continuó orientándose de esta manera (Glasser, 2018).

Si para el establishment norteamericano de política exterior esta debía empezar en casa, ahora es la política interior la que empieza fuera de las fronteras, porque es en el exterior donde se construye el cambio que Trump quería promover dentro de América (Haas, 2018).

El rechazo y antagonismo de Trump hacia los fundamentos del orden internacional posterior a la Guerra Fría, la ruptura de alianzas y aliados, la indiferencia hacia las instituciones internacionales (como la Organización Mundial del Comercio de manera reiterada) y un férreo proteccionismo lo hicieron perfectamente compatible con los atributos de la tradición jacksoniana, que venía a darle el anclaje a su política interna y externa.

Aunque Trump no es ideológicamente consistente siguió, en síntesis, la política de diferenciación hemisférica norteamericana y la de evitar conflictos extranjeros. Desde sus inicios, la administración Trump, ha mostrado poco interés en lo que suceda hacia el sur de la frontera que marca el Río Bravo, con excepción de México como socio principal del tratado de libre comercio y la función de cooperación respecto a la situación migratoria, especialmente la que surge del llamado Triángulo Norte de Centroamérica.

TRADICIÓN TRASCENDENTALISTA (WILSONIANA)

Esta tradición se llama “wilsoniana” por razones obvias, aunque, vale aclarar, hubo wilsonianos mucho antes de que naciera Woodrow Wilson. Más interesados en los aspectos legales y morales del orden mundial -que en la agenda económica apoyada por los hamiltonianos- los wilsonianos típicamente creen que los intereses estadounidenses requieren que otros países acepten los valores estadounidenses básicos y conduzcan sus asuntos internos y externos respectivamente. Esta escuela tiene raíces mucho más profundas en la historia de los Estados Unidos que lo que a



veces se le reconoce; y es que ha sido fuertemente influenciado por las actividades y el cabildeo de los misioneros estadounidenses (Mead; 2002).

El primer principio de la política exterior wilsoniana es que las democracias hacen socios mejores y más confiables que las monarquías y las tiranías. Lejos de ser ingenua, esta perspectiva se basa en una comprensión sofisticada de la dinámica política (Mead; 2002).

Las políticas democráticas son empujadas hacia el centro y hacia un concepto racional de interés, argumentan los wilsonianos; eso las hace más predecibles y más propensas a cumplir las promesas una vez hechas. Los wilsonianos piensan que los estados monárquicos, oligárquicos y tiránicos se asemejan a pirámides en equilibrio sobre sus narices; las democracias son como pirámides de pie sobre sus bases. Los del primer tipo son mucho más propensos a moverse violentamente y masivamente de formas impredecibles (Mead; 2002).

Después de la *promoción de la democracia*, el siguiente objetivo del pensamiento estratégico wilsoniano es la *prevención de la guerra*. Siempre brutal y destructiva, la guerra bajo las condiciones modernas, dicen los wilsonianos, se volvió insoportable y potencialmente arriesga el exterminio de la raza humana (Mead; 2002).

Pero a pesar de su anhelo de paz, los wilsonianos se han unido a menudo a los hamiltonianos en apoyar, si es necesario, la guerra contra los estados que van contra el orden internacional. Los hamiltonianos pueden reírse cuando los wilsonianos hablan de la guerra para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia, y los wilsonianos los replican ante la idea de que los hamiltonianos esperan hacer el mundo seguro para la plutocracia, pero en la práctica los objetivos de la ira wilsoniana y hamiltoniana suelen ser los mismos (Mead; 2002).

Entre los wilsonianos hay al menos dos grandes grupos. Por un lado, los wilsonianos de derecha creen que Estados Unidos tal como existe hoy ha cumplido en general los sueños de los Padres Fundadores. “No necesitamos reformarnos en casa; podemos y debemos intentar difundir los valores y prácticas de la sociedad estadounidense tal como existen actualmente en todo el mundo”. Muchos neoconservadores caen en esto. Por otro lado, los wilsonianos radicales creen que Estados Unidos está lejos de estar a la altura de los verdaderos valores de la nación. Que deben actuar simultáneamente para reformarse a sí mismos mientras buscan reformar a los demás. Los wilsonianos de derecha pueden estar en desacuerdo con los hamiltonianos sobre



prioridades y políticas en casos específicos, pero en general, los wilsonianos de derecha ven pocos problemas con el sistema existente, la estructura financiera y corporativa de los Estados Unidos y creen que parte del sistema de valores que deberíamos estar exportando incluye la forma de negocio. Los wilsonianos radicales no podrían estar más en desacuerdo, creyendo que las corporaciones estadounidenses y multinacionales y todo lo que representan se encuentran entre los principales obstáculos para la difusión de los valores verdaderos tanto en casa como en el extranjero (Mead; 2002).

Además, pueden subdividirse en “wilsonianos de alto vuelo”, cuyo objetivo se centra en buscar grandes programas de derecho y federalismo mundial, y en “wilsonianos de bajo vuelo” que están más interesados en programas o ideas ambientales o feministas específicos.

Independientemente de los grupos y subgrupos, Mead resalta los valores wilsonianos uniformes a toda la tradición, afirmando que:

Esta escuela cree que Estados Unidos tiene tanto una obligación moral como un importante interés en difundir los valores democráticos y sociales estadounidenses en todo el mundo, creando una comunidad internacional pacífica que acepte el Imperio de la ley (Mead, 2002, p.17).

Tanto en términos económicos como de derechos humanos, esta corriente plantea -en caso de ser necesario- la utilidad de intervenir en el extranjero mediante la conformación de Estados democráticos, a través de los procesos de State-Building. Este proceso propone la construcción de instituciones republicanas de corte occidental junto con el intento por sanear las economías de los países intervenidos. Algunas ideas de Wilson intentarían ponerse en práctica en Filipinas, el primer proceso de State-Building que tuvo que afrontar Estados Unidos, y tras la guerra de Cuba, en México, en Haití o en Santo Domingo. El patrón general, sin embargo, plantea la idea de que todas estas intervenciones, lejos de crear democracias o sistemas republicanos de corte occidental, acabarían fracasando y asentándose sobre Estados frágiles de nivel medio o bajo (Tovar Ruiz, 2014).

Es por esta razón que se califica a la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial, como un fracaso solo en comparación con los elevados objetivos que Wilson se fijó. Estados Unidos fracasó en poner fin a la guerra para siempre y en establecer el sistema democrático como un régimen universal, por decir lo menos.



Sin embargo y con una mirada a largo plazo es necesario resaltar que, aunque ha estado de moda durante mucho tiempo despreciar el Tratado de Versalles, y aun cuando ese instrumento sin duda era defectuoso, hay que tener en cuenta que los principios de Wilson sobrevivieron al eclipse del tratado de Versalles y que todavía guían la política europea de hoy: autodeterminación, democracia, seguridad colectiva, derecho internacional y una Liga de Naciones. Puede que Wilson no haya obtenido todo lo que quería en Versalles, y su tratado nunca fue ratificado por el Senado, pero su visión y su diplomacia, para bien o para mal, marcó la pauta del siglo XX. Francia, Alemania, Italia y Gran Bretaña pueden haberse burlado de Wilson, pero todas estas potencias dirigen hoy su política europea según líneas wilsonianas (Mead; 2002).

Gran parte de la lucha contemporánea sobre la política exterior como, por ejemplo, con respecto a China refleja un conflicto entre la búsqueda hamiltoniana de construir un mercado comercial global y la opinión wilsoniana de que ese orden también debe basarse en los principios del gobierno democrático y la protección de los derechos humanos.

Los primeros tratados entre el gobierno de los Estados Unidos, China y Siam (actual Tailandia) fueron en gran parte obra de misioneros y misioneras. Fueron valiosos asesores del gobierno siamés durante sus largos y finalmente exitosos intentos de defenderse de los imperialistas europeos (Mead; 2002). Como contrapartida la imposibilidad de establecerse en ciertos países conllevó a que los misioneros y sus aliados también ejercieran una influencia considerable sobre tanto la opinión pública como la política exterior estadounidense con respecto, por ejemplo, a grandes potencias como Rusia y Japón y gran parte de lo que, en el siglo XX, se conocería como el tercer mundo.

A medida que el Imperio Británico declinaba y los Estados Unidos avanzaban hacia la sustitución del orden mundial británico por uno propio, los misioneros y la visión wilsoniana tuvo un enorme impacto en la configuración de la arquitectura de hegemonía estadounidense (Mead; 2002).

Tanto es así que, el discurso del derecho internacional wilsoniano protector de los países pobres y débiles, así como de los ricos y fuertes, y que el sistema wilsoniano reemplazaría el poder con el derecho en el juicio de las naciones, iría socavando en el pensamiento colectivo de la época. Otra forma en que el wilsonianismo trabajó para generar apoyo para los Estados Unidos se sentirá más en este siglo que en el anterior:



la posición de Estados Unidos como el ejemplo más visible y poderoso de un país que cree en la igualdad de derechos para las mujeres (Mead; 2002).

Para interpretar de manera correcta la escuela wilsoniana y marcar un paralelo con las demás tradiciones, en relación a la posición hegemónica de Estados Unidos en el mundo, Mead (2002) distinguiría que:

En términos de comercio y finanzas los hamiltonianos abandonaron su apoyo histórico al proteccionismo y apoyaron el libre comercio como una política económica necesaria para la hegemonía. Los jeffersonianos modificaron su aversión histórica a la política de las grandes potencias para brindar un apoyo crítico en la Guerra Fría. Los wilsonianos vincularon su visión de un orden moral universal en la tierra a las necesidades concretas de la hegemonía estadounidense. Los jacksonianos brindaron cuarenta años de amplio e inquebrantable apoyo popular a la sangrienta y peligrosa Guerra Fría. (p. 110)

En este sentido, la oposición wilsoniana al colonialismo europeo fue la más consistente e inflexible una vez establecida la posición global de los Estados Unidos, aunque el enfoque hamiltoniano intentara matizarlo, durante el largo recorrido de la historia, las dos escuelas de pensamiento apoyarían las políticas estadounidenses que limitarían la extensión del sistema colonial y lo socavarían lo más posible (Mead; 2002).



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



CAPÍTULO 3

George W. Bush fue el primero -pero no resultó ser el último- hombre desde 1877 en convertirse en presidente después de haber recibido una proporción menor del voto popular que su oponente. Su presidencia nació con un fastidioso sentido de ilegitimidad (Lynch, Timothy J, 2020). Pocos presidentes de la era moderna encontraron una prensa y una cultura popular tan deseosas de su fracaso. Al interior, buscaría cambiar su imagen en el partidismo. En el extranjero, Bill Clinton -su antecesor- se había excedido en la búsqueda de una agenda moral. Bush, en cambio, buscó un internacionalismo netamente estadounidense. Debido a las circunstancias acontecidas durante su periodo presidencial, un hombre que parecía llamado a hacer menos, se convirtió en el presidente republicano más beligerante desde Abraham Lincoln:

Las grandes guerras del siglo XX se unieron o fueron iniciadas por presidentes demócratas en lugar de republicanos: ambas guerras mundiales, Corea, Vietnam, Bosnia y Kosovo. El cuarenta y tres avos presidente de los Estados Unidos culmina con esa tendencia (Lynch, Timothy J, 2020).



A modo de introducción, resulta conveniente analizar la política exterior de la administración Bush teniendo en cuenta el atentado terrorista del 11 de septiembre del 2001, el cual marcó un antes y después en la presidencia republicana. Para luego proceder a desarrollar, de manera comparada, la política exterior de los presidentes Barack Obama y Donald Trump.

GEORGE W. BUSH

Los primeros meses -enero a septiembre- de la política exterior de Bush supuso un giro significativo en comparación con la anterior administración de Clinton. Desde un punto de vista metodológico -la política de Bush- se destacó por el peso de las llamadas “variables individuales y de rol”, mientras que desde una perspectiva ideológica aparecieron divisiones entre el llamado grupo de los “halcones” y el de las “palomas”. En relación con lo anterior podemos diferenciar la postura del General retirado Collin Powell como Secretario de Estado, identificado como símbolo de las palomas, del grupo integrado por Condoleezza Rice como Consejera de Seguridad Nacional, el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el Subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz y el Vicepresidente Cheney como diferentes expresiones del grupo de los halcones (Busso, 2003, p.2).

A raíz de la diferenciación propuesta, se aprecia que ambos grupos fueron transversales en lo que refiere a la conducción de los asuntos externos de Washington durante toda la administración de Bush.

Particularmente, la postura de Powell se orientó en el agotamiento de las instancias diplomáticas -incluida la diplomacia coercitiva- antes que el uso de las armas como forma de construcción de poder.

Desde la perspectiva de Condoleezza Rice:

[...] el proceso de diseñar la nueva política exterior de la administración Bush debía partir del reconocimiento de esta remarcable situación de poder y favorecer las tendencias seculares que están moviendo el mundo hacia economías abiertas y en menor medida hacia la democracia y la libertad, pero a través de una política exterior disciplinada y consistente que separe lo importante de lo trivial (Rice, 2000, según se cita en Busso, 2003).



De lo anterior -y siguiendo aquí las opiniones de Powel y Rice- podría concluirse que la política exterior americana de George W. Bush intentó establecer un nuevo momento realista ajustado a las características de la post Guerra Fría. Sin embargo, para un análisis más acabado de los asuntos externos, es menester incluir la dimensión económica. En este marco aparece un eje de debate ligado a la forma en que deben manejarse las disputas por el poder mundial entre los actores estatales -en este caso particular EE.UU.- y los actores no gubernamentales transnacionalizados dentro de un mundo globalizado.

Al respecto, Susan Strange (1998 como se citó en Busso, 2003) dirá:

[...] este proceso de pérdida de la autoridad estatal fue acompañado por un gran incremento en las asimetrías de la autoridad entre los Estados. Dicho de otra forma, esto significa que mientras el gobierno de los Estados Unidos puede haber sufrido cierta pérdida de autoridad, la misma ha sido frente a los mercados y no frente a los otros Estados; en tanto que para los otros Estados, su vulnerabilidad ha crecido notablemente no sólo de cara a las fuerzas de los mercados mundiales, sino también frente al mayor alcance global de la autoridad de los Estados Unidos.

La administración de Bush, en desacuerdo con este fenómeno dual, intentó recuperar un rol central para el Estado americano disminuyendo -principalmente- la participación de los actores privados no gubernamentales en el sector financiero transnacional que pudiesen disputar el poder con Estados Unidos.

Un ejemplo de lo anterior fue el primer Secretario del Tesoro, Paul O'Neill, quien se presentó como un defensor del sector de la producción enfrentado con el mundo financiero, ejecutando políticas conflictivas con Wall Street y rechazando los planes de salvatajes económicos para los países con fuertes deudas externas. "Debe quedar en claro que este perfil del Departamento del Tesoro no constituye un hecho aislado, sino la base de una disputa por la conducción política mundial". (Busso, 2003, p.7)

Por otro lado, en lo sucesivo a la política hacia América Latina, Bush se caracterizó por conseguir el voto hispano durante su campaña electoral. Al respecto, existieron ideas centrales:

En primer lugar, aparecían las relaciones con México al punto tal que algunos académicos señalaban el peligro de que toda la vinculación con la región quedase sometida a la lógica de las relaciones americano - mexicanas. En



segundo lugar, la creación de un área de libre comercio continental y la consiguiente búsqueda de aprobación por parte del Congreso de la “Trade Promotion Authority” (anteriormente llamada legislación rápida o fast-track) y por último la continuidad del aislamiento cubano. (Busso, 2003, p.7)

A estas ideas centrales se sumaron otras tales como:

La necesidad de que las negociaciones del área de libre comercio incluyeran tratativas para garantizar el autoabastecimiento energético para el hemisferio; un seguimiento de la política de Chávez en Venezuela tomando como criterio si este gobierno se encuadraba dentro de las pautas democráticas y mantenía relaciones tranquilas con sus vecinos; la reevaluación de la política hacia Haití; la continuidad del Plan Colombia y, de ser necesario, la ampliación de la asistencia económica sumada a la búsqueda de apoyo de otros países de la región para que Colombia enfrente a las fuerzas guerrilleras, las narco-mafias y los grupos para-militares y finalmente la reforma de los organismos de seguridad del sistema interamericano. Perry (2001 como se citó en Busso, 2003)

Empero los atentados del 11 de septiembre del 2001 significaron un punto de inflexión tanto en la política interna de Estados Unidos como a nivel de la política exterior. Cabe destacar que dicho atentado habilitó la interpretación de un “acto de guerra” y, como corolario, el inicio de la “guerra contra el terrorismo”.

En el plano interno se destacaron, entre otros, la posibilidad de incrementar la legitimidad de la administración a través de la defensa de la patria y de los ciudadanos estadounidenses por parte del Presidente; la pérdida de la libertad de la sociedad civil y el excesivo control social como instrumentos de prevención de posibles nuevos atentados; el resurgimiento del nacionalismo basado en el “excepcionalismo norteamericano”; el incremento de las referencias de componentes religiosos en la administración tanto a nivel discursivo como de gestión administrativa y decisión política.

En tanto, en el ámbito de la política exterior, se destacó la recuperación del consenso bipartidista sobre política exterior. En este sentido el Congreso apoyó todas las acciones emprendidas por el ejecutivo durante los primeros seis meses posteriores a los atentados:



[...] el planteo de la guerra contra el terrorismo como un conflicto de largo plazo sumado a la sensación de pánico generada sobre la sociedad americana por la amenaza terrorista y fomentada desde el gobierno sustentarían la posible continuidad del apoyo bipartidista. (Busso, 2003, p.12)

Sin embargo, fue el documento emitido por la administración de Bush en el 2002 “Estrategia de Seguridad Nacional de EEUU” lo que dio inicio a los cambios en la política exterior norteamericana después del atentado. En palabras de Busso (2003) “[el documento supuso] una desviación radical e inquietante de la política exterior tradicional estadounidense”.

La nueva Estrategia de Seguridad Nacional promulgó -entre otras- la acción militar preventiva contra estados hostiles y grupos terroristas que intentaran elaborar armas de destrucción masivas (ADM); la declaración de que ninguna potencia extranjera podría disputar el poderío militar a EEUU en el mundo; el unilateralismo para defender los intereses y la seguridad nacional; extensión de la democracia y derechos humanos a todos los países, particularmente en el mundo musulmán.

Desde lo discursivo, vale mencionar, el discurso “State of the Union Address” de Bush, momento donde acuñó por primera vez la expresión Eje del Mal para referirse a aquellos regímenes que respaldaron el terror(ismo) y amenazaban a los Estados Unidos con Armas de Destrucción Masiva (ADM).

El Presidente republicano diría:

Corea del Norte es un régimen que está armándose con misiles y armas de destrucción masiva mientras mata de hambre a sus ciudadanos. Irán anda enérgicamente tras estas armas y exporta el terror, mientras que unos cuantos que no han sido elegidos reprimen la esperanza de libertad del pueblo iraní. Iraq continúa ostentando su hostilidad hacia los Estados Unidos y apoyando el terror. (George W. Bush, 2002)

Luego, “Estados como éstos y sus aliados terroristas constituyen un eje de maldad que se arma para amenazar la paz del mundo”. (George W. Bush, 2002)

Posteriormente, durante el desarrollo de la guerra contra el terrorismo y utilizando otras palabras, se agregarían, por parte del subsecretario de Estado, al Eje del Mal a los regímenes de Siria, Cuba y Libia en mayo de 2002, y luego por parte de Condoleeza Rice en su discurso inaugural como secretaria de Estado en 2005 a



Zimbabue, Bielorrusia y Birmania (Rice, 2005). El denominador común que aglomera a estos países es la falta de democracia y una férrea oposición a Estados Unidos. Además, se intentó mantener una dialéctica en la que se nombraran tres países al mismo tiempo siguiendo el pasado “Eje Roma, Berlín, Tokio” acaecido durante la segunda guerra mundial.

Hasta aquí, se pueden observar algunas continuidades en la política exterior de EEUU, por ejemplo, la acción militar preventiva encuentra sustento jurídico en la tradición de la guerra justa; asimismo la supremacía y poderío militar de EEUU es un compromiso que se mantiene desde el siglo pasado, incluso explicaría la participación de las dos guerras mundiales; respecto al unilateralismo, administraciones demócratas como la de Bill Clinton hicieron uso de dicha facultad; la idea de expandir la democracia y libertad encuentra arraigo en presidentes demócratas tales como Wilson, Roosevelt, Kennedy, Clinton y en republicanos como Reagan.

Desde una perspectiva más general los defensores [de la administración de Bush] sostienen que esta estrategia es muy consecuente con la tradición estratégica estadounidense de establecer un plan coherente y abarcador para la política de EE.UU. frente a nuevas y peligrosas amenazas y que se pueden rastrear varios ejemplos históricos (intervenciones en Centroamérica, las acciones clandestinas, la crisis de los misiles en 1962). Sin embargo, desde un punto de vista técnico e histórico otros especialistas como Richard F. Grimmett (2002) consideran que el único antecedente histórico del empleo preventivo de la fuerza por parte de los Estados Unidos fue la Guerra con España en 1898 (Busso, 2003, p.14).

Existe otra continuidad al analizar la estrategia de comunicación de la administración de Bush con respecto a la Guerra Fría. En esta oportunidad la Casa Blanca -luego del atentado- adoptó un modelo de toma de decisiones centralizado en detrimento de los procesos de toma de decisiones complejos y con participación de múltiples actores estatales y privados.

En términos específicos para la región latinoamericana, Bush prosiguió con el embargo económico de Cuba (entonces en su quinta década) y, cuando Hugo Chávez decidió utilizar los ingresos petroleros de Venezuela para mantener vivo el régimen de Castro, Bush extendió el embargo a Venezuela en 2006. Según un ex diplomático estadounidense con sede en La Habana, la alianza entre los dos Estados “enloqueció a la gente de Bush” (Smith, 2006, como se citó en Lynch, Timothy J, 2020). Para



cercarlos aún más, Bush aumentó la cooperación militar de Estados Unidos con Colombia. En este sentido, al igual que Kennedy, Bush nunca logró el equilibrio correcto con los diferentes gobiernos latinoamericanos. A lo largo de su mandato, enfrentó la acusación de no tomar en serio a América Latina. Esto se explica, en parte, por el mayor énfasis en Irak y medio oriente en general. (Lynch, Timothy J, 2020)

Finalmente, la presidencia de Bush se extendió durante 8 años, desde el 20 de enero de 2001 hasta el 20 de enero de 2009, periodo donde la política exterior se convirtió en un elemento central de las elecciones. Hasta entonces, la mayoría de las campañas electorales se habían enmarcado en cuestiones económicas y nacionales: los ataques del 11 de septiembre cambiaron este patrón, tornando al terrorismo en un tema clave de la política interna estadounidense.

BARACK OBAMA

La llegada de Barack Obama a la Casa Blanca -después de ocho años de la administración republicana de George W. Bush- fue recibida tanto a nivel doméstico como a nivel internacional en general -y por América Latina en particular- con entusiasmo.

A priori, en el comienzo de la era Obama, se percibió, en palabras de María Eva Pignatta (2009, p. 5) lo siguiente:

[...] vemos que la idea del garrote y las zanahorias continúa siendo un elemento clave de la política hacia la región [latinoamericana]. A esto se añade el peso que mantiene el excepcionalismo estadounidense en la política exterior general. Al mismo tiempo, tanto a nivel de los discursos como en recientes decisiones se perfila una mirada renovada sobre la región que no expresa en un cambio estructural en el vínculo, pero sí una instancia diferente para plantear estas relaciones.

Desde el inicio de la campaña electoral -Obama- profesó un acercamiento a América Latina. A diferencia de Bush, el Presidente demócrata, recuperó el diálogo con los países al sur del Río Bravo. Puntualmente, acciones como el otorgamiento de ciertas flexibilidades a los cubano-americanos para viajar a la isla; el apoyo para dejar sin efecto la resolución de la OEA por la que se excluía a Cuba de la organización; la



condena al golpe de Estado en Honduras; el apoyo a la resolución de suspensión de Honduras de la OEA (gobierno de facto), fueron indicios de discontinuidad o diferencia entre Obama y Bush.

Sin embargo, fue claro que las relaciones entre Washington y América Latina siguieron ciertas pautas de continuidad. Así, el embargo hacia Cuba persistió; el excepcionalismo -como componente identitario de peso en la política exterior de Estados Unidos- continúa (a la fecha) siendo un elemento muy anclado en la política exterior en general y hacia Latinoamérica en particular. A modo de síntesis, en palabras de Pignatta (2009): “Aún la cuestión de la política de Obama hacia la región [latinoamericana] es una cuestión no saldada.” (p. 19)

Por otro lado, a los fines de la política exterior, las propuestas de cambio de Obama se presentaron en contraposición a la ejecutada durante la administración anterior pero manteniéndose dentro del marco tradicional: la voluntad inalterable de liderar el orden mundial y la combinación de fuerza y valores en su ejercicio. En otras palabras: la permanencia de Estados Unidos como potencia mundial.

Obama no se distanció de la política exterior estadounidense tradicional, en su discurso inaugural como presidente, el 20 de enero de 2009, diría:

Nuestros retos pueden ser nuevos. Los instrumentos con los que los afrontamos pueden ser nuevos. Pero los valores de los que depende nuestro éxito —el esfuerzo y la honradez, el valor y el juego limpio, la tolerancia y la curiosidad, la lealtad y el patriotismo— son algo viejo. Son cosas reales. Han sido el callado motor de nuestro progreso a lo largo de la historia. Por eso, lo que se necesita es volver a estas verdades. Lo que se nos exige ahora es una nueva era de responsabilidad, un reconocimiento, por parte de cada estadounidense, de que tenemos obligaciones con nosotros mismos, nuestro país y el mundo; unas obligaciones que no aceptamos a regañadientes sino que asumimos de buen grado, con la firme convicción de que no existe nada tan satisfactorio para el espíritu, que defina tan bien nuestro carácter, como la entrega total a una tarea difícil». [...] Ésta es la fuente de nuestra confianza; la seguridad de que Dios nos pide que dejemos huella en un destino incierto. (del Prado, 2009, p. 10)

Del análisis del discurso de Obama se puede observar las referencias hacia las bases de la política estadounidense: “esta mezcla de valores, rol mesiánico, idea de tierra



prometida, combinación de garrote y zanahorias, que ha caracterizado su papel [Estados Unidos] en el último siglo”. (del Prado, 2009, p.10)

Respecto al “tono” de los discursos, a diferencia de Bush, Obama optó por la conciliación como así también por el paso del unilateralismo hacia el multilateralismo, aunque esta última, con algunas limitaciones y continuidad de la política exterior anterior, a saber: “No vacilaré en usar la fuerza, unilateralmente si es necesario, para proteger al pueblo estadounidense o a nuestros intereses vitales siempre que seamos atacados o amenazados de manera inminente”. (del Prado, 2009, p.12)

En este punto, la agenda de la política exterior de Obama estuvo dirigida a cuatro puntos claves. En primer lugar la “no proliferación nuclear”. Obama se apegó al Tratado de No Proliferación nuclear (TNP), al respecto diría:

Estados Unidos se propone a cumplir con la parte del acuerdo que le corresponde [...]. Seguiremos adelante con la ratificación del Tratado de Prohibición de los Ensayos, y trabajaremos con otros para hacer cumplir el tratado de manera que las pruebas nucleares queden prohibidas permanentemente. Completaremos la Revisión de la Postura Nuclear, que abre la puerta a recortes más profundos y reduce el papel de las armas nucleares. Y pediremos a los países que comiencen negociaciones en enero sobre un tratado para acabar con la producción de material fisionable para las armas. (del Prado, 2009, p.14)

Cabe destacar que Obama, en su rol diplomático, decidió retirar a Corea del Norte e Irán del “Eje del Mal”, sin embargo sostuvo a éstos países como los Estados que representaban la mayor amenaza en términos de proliferación nuclear. La explicación de lo anterior radicó en que Estados Unidos buscó crear una coalición internacional fuerte para impedir que Irán obtenga armas nucleares y eliminar el programa nuclear bélico de Corea del Norte.

En segundo lugar, la “paz y seguridad”, Obama diría:

Los extremistas violentos que promueven el conflicto distorsionando cuestiones de la fe se han desacreditado y aislado a sí mismos. No ofrecen nada más que el odio y la destrucción. Al hacerles frente, Estados Unidos forjará alianzas duraderas que arremetan contra los terroristas, compartan inteligencia y coordinen a las agencias de aplicación de la ley y protejan a nuestro pueblo. No permitiremos que exista ningún refugio seguro en Afganistán o en cualquier



otro país desde donde al Qaeda pueda lanzar ataques. Apoyaremos a nuestros amigos en el frente, como haremos mañana nosotros y muchos países al prometer nuestro apoyo al pueblo de Pakistán. Y emprenderemos la participación positiva que construye puentes entre las religiones y nuevas alianzas para la oportunidad (del Prado, 2009, p.15).

El presidente demócrata apostó a las alianzas como método para la consecución de la paz. Algunas de las medidas destacadas fueron el retiro de tropas militares de Irak²; la promesa de paz entre Israel y Palestina; el congelamiento del proyecto de instalación de escudos antimisiles en Polonia y República Checa (esta iniciativa, dirigida sobre todo a atender la situación en Irán, había despertado tensiones con Rusia).

En tercer lugar, el “cambio climático”. Así como la agenda de derechos humanos definió la dinámica de las décadas pasadas, el tema ambiental ocupó un lugar privilegiado en las relaciones internacionales durante la administración de Obama y la actualidad.

A pesar de la no ratificación del protocolo de Kyoto, Obama fomentó las reducciones de gases invernaderos y las nuevas tecnologías en energía renovables, señalando que:

Para enfrentar el cambio climático hemos invertido 80.000 millones de dólares en energía limpia. Hemos aumentado de manera sustancial nuestras normas para la eficiencia de los combustibles. Hemos dado nuevos incentivos para la conservación, establecido asociaciones energéticas en todas las Américas y hemos pasado de ser observador a líder en las negociaciones internacionales sobre el clima (del Prado, 2009, p.18).

Finalmente, el cuarto lugar corresponde a la “economía global”. Cabe mencionar que el contexto económico durante la administración de Obama era de crisis financiera lo que dejaría como corolario, recesión y desempleo en Estados Unidos. Las medidas -a nivel global- que implementaron fueron:

[...] haber trabajado con las naciones del G-20 para elaborar una respuesta internacional coordinada de más de 2 billones de dólares y haberse sumado a otros esfuerzos para inaugurar la iniciativa de seguridad alimentaria mundial, por 20 mil millones de dólares. [...] Un G-20, compuesto ya no solo por países

² Iniciado el 30 de junio de 2009 permaneciendo aproximadamente 50.000 efectivos militares -de 131.000- hasta fines del 2011 en Irak con motivos de entrenamiento, protección de civiles y contraterrorismo.



desarrollados sino emergentes. [...] Cambiar la distribución del voto en el Fondo Monetario Internacional (FMI), para dar más participación a las economías en crecimiento. [...] El G-8 quedará dedicado a temas de seguridad internacional ya que sus integrantes conservan una mayor influencia política y militar para decidir sobre esta materia (del Prado, 2009, p.19).

Los cambios realizados por la administración de Obama -en contraste con Bush- son innegables, empero en contraposición a las expectativas generadas -al ganar las elecciones- las acciones del presidente demócrata se enmarcaron dentro del establishment, es decir, las acciones estuvieron alineadas “a los principios, valores, estrategias y aspiraciones tradicionales de EE.UU. y que constituyen la esencia de la historia de EEUU” (del Prado, 2009, p. 21).

A modo de síntesis, en palabras de Josefina del Prado (2009), si Obama representa o no un cambio no hay duda. Representa un cambio en varios aspectos mencionados, sobre todo respecto al primer gobierno de Bush. Se aleja de conceptos y prácticas que potenciaron las voces de rechazo tanto al interior como fuera de los EE.UU., como el unilateralismo, la acción preventiva, el eje del mal. Trata de revertir políticas que le han merecido a EE.UU. una pérdida de su legitimidad.

Pero si de cambios sustantivos en la agenda de política exterior se habla, consideramos que ellos ni han sido planteados ni se darán. Se conservan viejas alianzas, interés de su presencia y control en zonas sensibles del mundo en materia energética, geopolítica, viejos rivales como Rusia, Irán, Corea del Norte, antiguos desafíos como los Estados fallidos, el terrorismo internacional.

Cambia el tono confrontacional, cambian las formas, cambian las prioridades o énfasis en la agenda. Permanece el telón de fondo que ha acompañado a la potencia que es su rol mesiánico, la combinación de fuerza y moral y la percepción de la natural convergencia entre sus intereses y los de toda la humanidad.

DONALD TRUMP

En la campaña electoral, Trump, dejó en claro que su percepción de la política exterior que más convenía a Estados Unidos era radicalmente diferente a la que había defendido Obama.



En esta línea Trump fue presentado, un nuevo mito, como alguien independiente del sistema y portador de un cambio, exactamente el eje central sobre el que organizó su campaña Barack Obama en el 2008 [para diferenciarse de la administración Bush]. Se remarcó, tanto por él como por los medios, que representaba una figura de rechazo al establecimiento institucional, cuestión que no es totalmente cierta, dada su condición de miembro de la oligarquía financiera y de la clase dominante, aunque no hubiera desempeñado en el pasado cargos políticos. De ningún modo debe aceptarse que sea un total outsider -o por lo menos hay que relativizar esta interpretación- pues su vida en sí misma, y ascenso empresarial, es expresión tangible de las relaciones que se establecen en los marcos del modo de producción capitalista, e incluso sus vínculos con la política. En realidad, Trump valoró ser candidato a la presidencia estadounidense desde fecha tan temprano como 1999. (Fernández Tabío y Pérez Casabona, 2017, p. 15)

De modo que, la política exterior de Trump se centró en tres ejes: “formulados desde las preocupaciones de su electorado conservador y realista, en un caso de “intermestics”, esto es, de política exterior formulada para alcanzar objetivos de política interior”. (Guinea Llorente, 2018, p. 12)

En el primer eje se observa una ruptura con la anterior administración:

El primero de esos ejes es la prioridad al interés nacional, antes que las alianzas con otros, la seguridad internacional y los problemas de la globalización. Esta priorización anuncia ya con claridad una era de “espléndido aislacionismo”, que reniega de la anterior actitud multilateralista de Obama. El propio presidente Trump definirá su visión de las relaciones internacionales como “principled realism”, o realismo basado en principios. Esta nueva orientación aparece plasmada en la totalidad de la Estrategia de Seguridad donde la gran competición geoestratégica entre Estados es un elemento transversal, que amenaza el liderazgo americano (Guinea Llorente, 2018, p. 13).

En el segundo eje se observa una tendencia hacia el nacionalismo económico o proteccionismo:

El objetivo de esta línea de actuación [proteccionismo] es hacer crecer la economía americana que entienden dañada por el comercio internacional y



utilizar toda su fuerza como potencia para conseguir de los demás actores internacionales unos arreglos comerciales más beneficiosos. Trump sostiene que estas décadas de libre comercio han perjudicado gravemente a la economía estadounidense, dado que importantes inversores y compañías han trasladado sus actividades al exterior en la búsqueda del máximo beneficio. (Guinea Llorente, 2018, p. 14)

Dado que -en cuestiones de relaciones comerciales internacionales- los tratados multilaterales resultaron (para Trump) menos beneficiosos para Estados Unidos, Trump dio preferencia a los tratados bilaterales, ocasionando el retiro del Acuerdo de Comercio Transpacífico -uno de los grandes logros de Obama- como así también la renegociación del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA por sus siglas en inglés) concretando nuevos acuerdos bilaterales con México y Canadá.

El tercer eje tiene que ver con una posición “antirregulación internacional y contra las instituciones internacionales”:

Para la nueva Administración estadounidense, la regulación e institucionalidad internacional se entrometen indebidamente en la esfera de soberanía del Estado y minan su fortaleza. De esta crítica generalizada sólo se salvan las instituciones de cooperación internacional que puedan servir como instrumentos de ejercicio de poder sobre otros, en un enfoque realista. Así, desde la campaña fueron frecuentes las críticas a las instituciones internacionales más consolidadas como la ONU y su burocracia (Guinea Llorente, 2018, p. 15).

Cabe mencionar la retirada de Estados Unidos del Acuerdo de París contra el cambio climático; la retirada del acuerdo nuclear para con Irán; el abandono de la UNESCO; el retiro del Consejo de Derecho Humanos de la ONU; y la no cooperación con la Corte Penal Internacional.

Con respecto a la relación de Trump y América Latina se destaca -aún más- la falta de prioridad diplomática en contraste con la administración de Obama. Al punto que, las acciones e inacciones aislacionistas de Trump condujeron a Estados Unidos al abandono de la Doctrina Monroe permitiendo acrecentar la influencia de China y -en segundo lugar- Rusia en la región latinoamericana.

La retórica anti-inmigratoria de Trump y la falta de agenda con intereses en la región, provocó el retorno a tiempos que se creían superados en los que la población



latinoamericana rechazaba lo vinculado a Estados Unidos. La construcción del muro fronterizo con México -y la pretensión de Trump de que el gobierno de Enrique Peña Nieto contribuya a la financiación- terminó por tensar las relaciones bilaterales -hasta entonces con Obama- de carácter cooperativo. Lo mismo en Venezuela, donde Trump condenaría la “crisis humanitaria” de Nicolás Maduro, imponiendo sanciones económicas y refiriéndose al país como una “dictadura”. Respecto a Cuba, el 11 de enero del 2020, Estados Unidos anunció la vuelta del país caribeño a la lista de “patrocinadores del terrorismo”³. El por entonces Secretario de Estado Michael Richard Pompeo justificaría el accionar gubernamental diciendo: “el continuo apoyo de Cuba al terrorismo en el hemisferio occidental debe detenerse. Hoy Estados Unidos está devolviendo a Cuba a la lista de Estados Patrocinadores del Terrorismo para responsabilizar al régimen de Castro por su comportamiento maligno”. El anuncio generaría grandes reproches entre Demócratas y Republicanos.

A modo de síntesis general del capítulo, podría concluirse que en materia de política exterior de Estados Unidos hacia Europa y América Latina durante las Administraciones de Obama y de Trump predomina una discontinuidad.

Sin embargo, en materia de defensa y seguridad, la administración de Trump continuó con la política de Obama. Trump, a través de la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) mantuvo el compromiso con la OTAN, aunque no sin denunciar la falta de gasto público en defensa por parte de los europeos.

Lo más significativo en términos de continuidad fue su aceptación del consenso antiterrorista que George W. Bush había forjado y que Barack Obama había afirmado. Detener el nexo del terrorismo y las armas de destrucción masiva fue fundamental para la estrategia de seguridad nacional de los tres hombres. Como lo expresa la estrategia de seguridad nacional de Trump: “Dirigiremos las operaciones antiterroristas contra especialistas, financistas, administradores y facilitadores terroristas en ADM” (Trump, 2017). Es una orden judicial que se escucha a menudo durante los años posteriores al 11 de septiembre (Lynch, Timothy J, 2020).

³ Cabe destacar que el Congreso EEUU, el 14 de abril de 2015, había eliminado a Cuba del llamado “eje del mal”.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



CONCLUSIONES

El objetivo guía de la presente tesina era identificar las continuidades y discontinuidades en las clasificaciones de países realizadas en la administración de George W. Bush (2001 al 2009) y Donald Trump (2017 al 2021) en materia política, económica y de derechos humanos. En este sentido, se intentó abordar de forma central la política exterior estadounidense y la clasificación de países de los gobiernos republicanos. Sin embargo, los avances de la investigación sumado a la selección bibliográfica para su desarrollo, derivaron en un cambio de eje respecto al objetivo planteado. Por esta razón, el objetivo general de este trabajo se podría reescribir como la identificación de las continuidades y discontinuidades en la influencia de las cuatro escuelas de pensamiento en las administraciones de George W. Bush (2001 al 2009), Barack Obama (2009 al 2017) y Donald Trump (2017 al 2021) en materia de política exterior.

En el primer capítulo, estructuramos el origen y la evolución del constructivismo, perteneciente al enfoque reflectivista, con el objetivo de establecer sus límites y alcance respecto de las Relaciones Internacionales. Se hizo hincapié en el constructivismo debido a que este tiene como finalidad el enriquecimiento de las distintas teorías de las Relaciones Internacionales, desarrolladas previamente, mediante la asociación de las distintas posiciones para lograr una síntesis dentro de la disciplina. Por esta razón, encontramos en el constructivismo la herramienta para analizar el accionar de los Estados Unidos dentro del Sistema Internacional.



En el segundo capítulo, las características y antecedentes presentes en las cuatro escuelas de pensamiento estadounidense terminaron por mostrarnos cómo se estructura la tradición política y cultural norteamericana. Dicha estructura marca la pauta no solo de la política interna sino también de los alcances y los límites de la política exterior ejercida por las diferentes presidencias. Al entender el trasfondo ideológico que marcó y marca la política exterior estadounidense, no solo podemos proyectar en cierta medida los movimientos que pueden realizar los ocupantes del despacho oval ante diferentes acontecimientos externos, sino que también podemos identificar sus principales detractores y partidarios.

En este sentido, las acciones acontecidas y las características específicas de las diferentes administraciones estadounidenses desarrolladas en el tercer capítulo nos permiten definir la tradición política que los condiciona en relación a su política exterior.

La política exterior de Bush, en la construcción de la identidad e interés nacional del país, encuentra pocas asociaciones similares con la escuela de pensamiento hamiltoniana. Defensores de una política exterior que prioriza el poder económico y la prosperidad nacional, los hamiltonianos tienden a ser más cautelosos en el uso de la fuerza militar en el extranjero y favorecen una mayor cooperación económica internacional, incluyendo el libre comercio y la inversión extranjera directa. Sin embargo, es posible encontrar algunos elementos en la política exterior de Bush que pueden ser considerados "hamiltonianos", como su apoyo a la globalización económica y su promoción del libre comercio.

Tampoco se puede asociar fácilmente con la escuela de pensamiento jeffersoniano. Los jeffersonianos tienden a ser críticos de la intervención militar en el extranjero y favorecen una menor presencia militar en el mundo. Se basan en una política exterior que prioriza la libertad y la democracia, pero que también es más limitada y aislacionista, esto último no debe comprarse con la "promoción de la democracia y derechos humanos" impulsada por Bush luego del 11 de septiembre del 2001.

Empero, la política exterior de Bush puede relacionarse estrechamente con la escuela de pensamiento jacksoniana, que enfatiza la defensa de los intereses nacionales y la seguridad, así como el uso de la fuerza militar. Además, los jacksonianos suelen ser críticos de la cooperación y las alianzas internacionales, prefiriendo la autonomía en la toma de decisiones en política exterior. En este sentido, la política unilateral de Bush durante la guerra contra el terrorismo, incluyendo la invasión de Afganistán y la guerra de Irak, reflejó este enfoque.



Finalmente la política exterior de Bush fue menos coherente en su aplicación de los principios wilsonianos que en su retórica sobre la promoción de la democracia y los derechos humanos. La invasión de Irak en 2003 fue justificada en parte como un esfuerzo para derrocar a un régimen autoritario y establecer una democracia en el país.

El énfasis de la administración de Obama por la importancia de la democracia, los derechos humanos y la cooperación internacional como así también la predilección de una política exterior basada en el multilateralismo y la diplomacia, en lugar del uso de la fuerza militar (aunque no renunció por completo a utilizarla) permite identificar una mayoritaria influencia de la escuela de pensamiento trascendentalista (wilsoniana) por sobre las demás.

Para los wilsonianos la promoción de la democracia y la prevención de la guerra constituyen los objetivos principales de la tradición, en consonancia, los cuatro ejes principales de la política exterior de Obama, vale recordar: la no proliferación nuclear; paz y seguridad; cambio climático y economía global, son ejemplos de lo anterior.

Los ejes en los que se centró la política exterior de la administración Trump nos permiten identificar al primer eje, la prioridad al interés nacional, la seguridad nacional y el escepticismo ante la globalización, con la tradición jacksoniana. En este sentido, la construcción de la política exterior se da en el marco del rechazo hacia el orden internacional establecido con posterioridad a la Guerra Fría, una disposición que colocaba a los Estados Unidos como el actor principal en términos de seguridad global y un socio fundamental de diferentes instituciones internacionales.

El segundo eje relacionado al nacionalismo económico o proteccionismo, puede verse relacionado tanto con la escuela jeffersoniana encausada por su aislacionismo que ve a los grandes intereses comerciales como un elemento que degrada los procesos políticos, como así también a la tradición jacksoniana que antepone los intereses estadounidenses y ve de forma positiva la reestructuración de acuerdos comerciales que favorezcan estos intereses.

El tercer eje que mantiene a los Estados Unidos en una posición “anti regulación internacional y contra las instituciones internacionales”, esta postura choca completamente con la idea de una comunidad internacional que acepte el imperio de leyes “universales” propias de la tradición trascendentalista (wilsoniana) y se acerca nuevamente tanto a los jeffersonianos por su visión de libertad que busca que la gente



se gobierne de la forma más directa y simple posible, como así también a la tradición jacksoniana que se mantiene reacia a las instituciones internacionales.

En vista de los resultados obtenidos en esta tesis, se sugiere como futura línea de investigación, continuar y profundizar el objetivo general planteado anteriormente, es decir, la identificación de las continuidades y discontinuidades en la influencia de las cuatro escuelas de pensamiento en las administraciones de George W. Bush (2001 al 2009), Barack Obama (2009 al 2017) y Donald Trump (2017 al 2021) en materia de política exterior. Para ello, se recomienda aunar el análisis de la actual administración de Biden para que, además de complementar dicha tesis, lograr una paridad entre administraciones demócratas y republicanas generando así, un estudio longitudinal que permita analizar los cambios en los procesos y resultados de la política exterior estadounidense a largo plazo.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES



REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA Y DOCUMENTAL

Ayala, David (2018). *Las Relaciones Internacionales desde la perspectiva social. La visión del constructivismo para explicar la identidad nacional*. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época, Año LXIII, núm. 233.

Bull, Hedley (1977). *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*.

Busso, Anabella (2003). *La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional*. Centro de Estudios Internacionales, Universidad Torcuato Di Tella.

Del Prado, Josefina (2009). *Obama y el cambio: política exterior de EE.UU*. Agenda Internacional, ISSN 1027-6750, ISSN-e 2311-5718, Vol. 16, N°. 27, 2009, págs. 271-292

Guinea Llorente, Mercedes (2018). *La política exterior de Estados Unidos hacia Europa. Cambios y continuidades de Obama a Trump*. UNISCI/Universidad Complutense de Madrid.



Hackett Fischer, David (1989). *Albion's seed: Four British folkways in America*. Oxford University Press, New York, New York 10016.

Llenderozas, Elsa (2020). *Relaciones Internacionales*. Universidad de Buenos Aires

Mead, Walter Russell (1996). *Hamilton's Way*. *World Policy Journal* 13.n3 (Fall 1996): 89(18).

Mead, Walter Russell (2002). *Special Providence: American foreign policy and how it changed the world*. Routledge Taylor and Francis Group New York London

Merke, Federico, *En Identidad y Política Exterior en la Teoría de la Relaciones Internacionales*, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO), Universidad del Salvador.

Pignatta, María Eva (2009). *Estados Unidos, Obama y América Latina: percepciones y agenda reciente*. Departamento de América del Norte, Instituto de Relaciones Internacionales (IRI).

Ruiz, Juan Tovar (2014). *El idealismo wilsoniano en la política exterior estadounidense, ¿una doctrina recurrente?* *Revista Española de Ciencia Política*. Núm. 35, pp.137-160.

Santa Cruz, Arturo (2014), *Constructivismo*, Universidad de Guadalajara, FLACSO-ISA Joint International Conference, Buenos Aires, July 23-25 2014.

Tabío, Luis René Fernández y Perez Casabona, Hassan (2017). *Donald Trump: ¿Ajustes o nueva etapa en la política de Estados Unidos?* *Cuadernos de Nuestra América* vol. XXVI no. 50. (julio-diciembre 2017). La Habana, Centro de Investigaciones de Política Internacional, 2017.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES

Wendt, Alexander (1992), traducido por Moro, Mayra (2005) de *International Organization*, Vol.46, nº2 (primavera, 1992), 391-425. *La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder*. *Revista Académica de Relaciones Internacionales GERI-UAM*, núm. 1, 1-47.